

# EL MAGOSTO EN LA COMARCA DE LAS HURDES

JOSE MARIA DOMINGUEZ MORENO

No hace falta estar muy avezado en el mundo de la cultura tradicional para darnos cuenta de que la costumbre hurdana a la que nos vamos a referir participa de unos mecanismos que, en líneas generales, resultan comunes a todo el área del oeste peninsular. Aunque no dudamos de que a lo largo de estas líneas salgan a relucir particulares connotaciones. Nos estamos refiriendo a la práctica de asar castañas el día de Todos los Santos. Incluso alguno de los nombres con los que la costumbre se designa en Las Hurdes los topamos, por citar diferentes espacios geográficos, en Galicia, León, Zamora, Salamanca y una amplia zona de la cacereña Raya o zona limítrofe con Portugal. Así ocurre con *magosto*, voz a la que Constantino Cabal, parece que con escasa fortuna, componía a partir del latín "magnus-ustus" y daba el significado de gran fuego. El actual vocablo lo aceptamos como derivado del portugués *magosto*.

Los diccionarios al uso de la lengua española nos presentan la palabra *magosto* en una doble acepción, aplicables ambas en parte a la comarca hurdana: "Hoguera para asar castañas al aire libre. 2. Castañas asadas en la hoguera". No se nos escapa que las dos definiciones resultan a todas luces incompletas. Significado muy distinto es el que nos trae Viudas Camarasa, acreedor en lo que atañe a Las Hurdes de Velo Nieto: "*Magosto*. m. (Hurdes). Castañas que se meten en un hoyo, cubriéndolas de tierra para que se conserven frescas". Diremos por nuestra parte que tanto el nombre como el concepto cuadran perfectamente por el valle del río Hurdano. Hay que acudir a otras fuentes, cual pudieran ser Lamano y Beneite y, ya más recientemente, José Luis Puerto, quien en el glosario a sus *Ritos Festivos* nos define el *magosto* de una forma más precisa en relación a La Alberca, localidad salmantina limítrofe con las Hurdes: "Merienda que realiza la

mocedad, en distintos grupos, en la fiesta de Todos los Santos; en ella se asan castañas (calboches)". En líneas generales coincide la definición con la que nos topamos en las alquerías del ayuntamiento de Ladrillar.

Hernández González, en un estudio que hace en una comarca serrana próxima a la nuestra, plasma el siguiente párrafo: "En la época de la producción de castañas es muy frecuente asarlas, como también en la mayor parte de España. Ahora que en Béjar y Candelario, y probablemente en algún pueblo más de la comarca, lo hacen de distinta manera. Ponen el fruto en el suelo cubriéndolo con leña, a la que prenden fuego, removiendo la hoguera, lo cual recibe la denominación de *hacer una calvotada* y en Candelario *hacer una moragá*". Poco importa aquí la acotación de Marcos Casquero acerca de que el uso de la *calvotera* vino a desterrar este viejo método culinario en la Sierra de Béjar. Lo que realmente nos interesa es incidir que en esta comarca meridional salmantina *calvotada* y *moragá* presentan una clara sinonimia, algo que no ocurrirá en la Alta Extremadura. Basta recordar que ya en los finales del pasado siglo Agustín Sánchez, un escritor costumbrista de la cacereña localidad de Serradilla, hacía una clara distinción entre la *mogará* (obsérvese la metátesis con el vocablo anterior) y la *calvotá*, la misma distinción, aunque aplicada a voces distintas, que vamos a encontrar en la comarca de Las Hurdes. Dando un paso más podemos decir que la *mogará* y la *calvotá* responden a las dos partes que configuran la celebración del magosto.

En la comarca de Las Hurdes, lo que también es propio de amplias zonas de la provincia cacereña, la serradillana *mogará* se traduce por *chiquitía*. *Chaquitía*, y no *chiquitía* es el término que recoge el Diccionario de la Real Academia para definir el

"obsequio que se hace en algunos pueblos el día de los Santos". El ya citado Viudas Camarasa registra la palabra *chaquetía* como propia de Cáceres, Badajoz y Tierra de Barros, añadiendo unas líneas específicas: "Las familias obsequian a los niños con castañas, nueces, manzanas, etc. *Pedir la chaquetía*. Los niños la piden con la siguiente cantinela: ¡Tía, la Chaquetía! / Los pollos de mi tía / unos la cantan / y otros la pían / y otros le dicen: ¡castañas cocías!". Pero Juan José Velo, aunque geográficamente restringe el vocablo al máximo, acierta en las acepciones que apunta para *chiquitía*: "(Villanueva de la Sierra, Hurdes, Aceituna). Regalo que se hace a los niños el día de Todos los Santos. 2. Castañas, nueces u otros frutos secos que los hurdanos salen a comer al campo el día de Todos los Santos".

Partiendo de lo anterior nos resulta más fácil comprender que el *magosto* hurdano comienza tomando forma de obsequio o, como veremos posteriormente, de aguinaldo (*pedir la chiquitía*) y concluye con la comida campestre de las dádivas culinarias. Este segundo aspecto responde a las denominaciones de *comer la chiquitía* y de *calbotá* o de *calbochá*.

Las observaciones directas y las informaciones tanto recabadas de los hurdanos como adquiridas de la lectura de los pocos estudios que se han hecho sobre el particular nos permiten afirmar que el ritual de la *chiquitía* presenta una mínima variabilidad entre unos valles y otros de la comarca. Por los ayuntamientos de Pinofrankeado, Caminomorisco y, en menor medida, Ladrillar muchachos y muchachas de forma independiente acuden a las casas de los vecinos con "buen roce" y de familiares, sobre todo padrinos, abuelos y tíos, en la mañana de Todos los Santos. A la pregunta de "¿Quién llama?" que hacen los moradores de las casas al escuchar los tintineos de la puerta, la contestación del niño no se hace esperar: "Soy yo, que vengo a pedir la *chiquitía*". A la mochila del pequeño van a parar los respectivos puñados de higos pasos, nueces y castañas, así como algunas frutas del tiempo (granadas, membrillos...). De todo ello, dependiendo de la demanda que esperan, han hecho buen acopio las vísperas. Si antaño estos elementos del aguinaldo eran de la propia cosecha, en la actualidad la mayor parte de las familias se provee de ello en las tiendas de la localidad o a través de los vendedores ambulantes. Los familia-



"Sarteneju" lleno de castañas para celebrar la "Carvochá" (Foto Félix Barroso).

res más rumbosos suelen entregar al muchacho una o varias monedas. Todo lo recaudado se lleva a casa, tomando luego una porción que va a parar a la cesta comunitaria de la pandilla de amigos. A ésta van a parar igualmente otros alimentos y bebidas que se consumirán por la tarde, pagados "a escote" por todos: golosinas, conservas, naranjadas...

Por los valles que conforman el ayuntamiento de Nuñomoral en llegando el día de Todos los Santos los muchachos tienen abierta la veda para tomar de los castaños del término respectivo cuantas castañas deseen. Estamos ante una forma de *autochiquiría* o de *chiquitía indirecta*. Junto a la permisiva recolección se ha mantenido una práctica más comunitaria de petición de aguinaldo. Los distintos grupos de amigos recorren la localidad, casa por casa, en solicitud de la *chiquitía*. Cualquier cosa es válida para meter en las alforjas de la pandilla. Cuando alguna persona le cierra el pestillo o hace oídos sordos a su requerimiento, el desairado grupo entona la cantinela de rigor, cual es ésta que se escucha en las alquerías que asoman a las márgenes del río Esperaban:

*Tía, de dé la chiquitía,  
que si no, viene el gato rabón  
y le tira la puerta  
de un empujón.*

En Martilandrán tampoco suele faltar en estos casos otra coplilla que

también se escucha cuando aparecen las *carantoñas* carnavalesas:

*Por esta calle me vengo,  
por la otra doy la vuelta;  
si no me dáis el guinaldo  
me cago en la vuestra puerta*

También en estos pueblos del río Hurdano se paga a partes iguales los alimentos que se compran para completar el condumio logrado mediante el pasacalle del aguinaldo.

Un caso muy especial de Las Hurdes, aunque no único de esta comarca, lo constituye la *chiquitía* de los hombres de iglesia, entendiendo por tales a sacristanes y a monaguillos. Los primeros, especialmente el concejo de Nuñomoral, constituían una estampa que hoy ha pasado a mejor vida. Salían provistos de un saco y tocando incesantemente una esquilla. Y al saco iba a parar todo aquello que los vecinos les entregaban: aceite, garbanzos, patatas... Era un medio de animar una bodega demasiado vacía en razón del escaso pago que recibían por sus servicios. Los monaguillos, por su parte, durante la mañana de Todos los Santos, también provistos de esquillas, hacían una colecta casa por casa repitiendo incesantemente el sonsonete de rigor: "Limosna pa las Animas Benditas". Una hoguera aguarda a estos acólitos en el campanario o junto a la espadaña de la iglesia, ya que al resguardo del calor van a aguantar la tarde y la noche doblando por los difuntos, al tiempo que alegrarán el estómago con las castañas asadas en sus brasas. El pan que se consume sale de la despensa del cura, y lógicamente proviene del que en la mañana ofrecieron los devotos en la misa por los difuntos.

La *calbochá* o la *calbotá* es el segundo de los elementos del *magosto* hurdano. Tales términos responden, según los casos, a muy distintas definiciones. *Calvote* es para S. Sevillano una "fiesta nocturna en la que se asan castañas", lo que reduce su propio significado. Fernández de Gatta se aleja del síncope y señala: "*calvochada*: la porción de castañas que hace un calvoche". La voz *calboche* la recoge el DRAE, siguiendo a Lamano, en la única acepción de "asado de castañas". Claro que Lamano localiza en la aldea comarca de la Sierra de Francia, lo que también es extensible a Las Hurdes, el mismo término en relación con la "castaña asada". Para *carbochada* y *calbochada* el propio lingüista nos trae la referencia a la "merienda en que se asan y

comen castañas", que en líneas generales coincide con la aportada por Velo Nieto para la comarca hurdana: "Reunión amistosa en que se efectúa un asado de castañas". Bien podría completarse con el vocablo *calbotada* que nos trae el diccionario de Viudas Camarasa, extensible al resto de la provincia cacereña: "Acción de asar castañas en el campo el día de Todos los Santos". Este sería el auténtico significado que en Las Hurdes es aplicable al término *calbochá*.

Aparquemos las disquisiciones lingüísticas y vayamos a una breve descripción del ritual que envuelve el asado de castañas. En atención al dicho de "las muchachas con los muchachos no comen gazpacho", en cada alquería se forman distintos grupos afines en los que se excluyen a los del sexo contrario. Es así como las pandillas de muchachos por un lado y las de muchachas por otro se largan al campo, a un lugar previamente seleccionado. Con ellos van los cestos en los que cada uno de los componentes del grupo ha puesto la parte proporcional de su *chiquitía* o el total de la misma cuando ésta se solicitó por el método del aguinaldo. Ultimamente suele añadirse a lo recaudado algunos productos que se compran, entre los que no faltan el vino, la "litrona" y el paquete de tabaco. Las muchachas inclinan-se por los dulces.

La leña para la hoguera se recoge "in situ" y todos han de colaborar en tal menester. "Lumbre de venta, el que no arropaña no se calienta", se espeta al que se muestra rácano en la traída del combustible. Previo al encendido de la lumbre se nombra por consenso a un responsable de mantener las llamas, avivar el fuego y asar las castañas. *Asaol* es el nombre que se da al que regenta tal jefatura. Mientras se consigue un lecho de brasas las pandillas van dando cuenta de sus viandas, ya solas o combinadas. Entre las últimas están los *casorios*, que no son otra cosa que trozos de castañas crudas emparedados entre dos lonchas de higo paso, y los *turrones de pobres*, con que se denominan a los higos que tienen en su interior una nuez. Como postre aguarda la degustación de los *calboches*, *carboches* o *calbotes*, es decir, de las castañas pasadas por el fuego.

Distintos son los métodos que el *asaol de turno* utiliza para la consecución de los *calboches*. El más primitivo es echar las castañas, luego de darles un corte para que no salten por la acción del calor, directamente sobre las brasas, cubriéndolo-

las ligeramente y moviéndolas de vez en cuando con un varal para conseguir un dorado completo. En la actualidad se recurre más a colocar las castañas en una lata o bote agujereado en su parte inferior y que va atado con un alambre para su manejo. Pocos son los grupos que cuentan en su haber con una *calbochera* o sartén también agujereada y provista de patas y menos aún los que se valen del *calbochero* o asador de barro, más corriente en el concejo de Casares de Las Hurdes. La que continúa con plena vigencia es la práctica de cubrir los *calboches* que acaban de retirarse de la lumbre con una rama de *jaguarzo* con el fin de que "reposen", ya que la entomedicina de la comarca ve en este proceder la única de las formas válidas para evitar las posibles molestias gástricas derivadas del atracón de castañas asadas.

Exige la tradición que las campesinas corrobilas femeninas, especialmente las integradas por muchas que ya se aproximan a la "edad de merecer", que bien puede estimarse en torno a los catorce años, sean asaltadas en su final por una turba de mozalbetes que, simulando métodos coactivos, pretenden apoderarse de las castañas recién salidas del fuego. Estas mozuelas, al grito "¡Que vienen, que vienen!", y fingiendo también un pánico ante los sorpresivos pero esperados visitantes, corren en tropel, aunque sin alejarse en demasía. Lógicamente la "paz" perdida se recupera de inmediato, se llega a la total armonía y muchachas y muchachos acaban reunidos ante la misma fogata dando cuenta de los *calboches* y de los restos de la

merienda. Siguen los inevitables juegos con participación de ambos sexos, sin que falten en ellos los del escondite y los corros agarrados. Antaño, ya de vuelta a la alquería, en cualquier verdinal próximo al camino tomaba carta de naturaleza una manifestación de tintes eróticos que puede inscribirse entre los ritos de paso y que responde a un auténtico mecanismo de carácter endogámico. Se trata del *retozu*. F. Barroso describe tal costumbre en relación al período cuaresmal, sin que notemos la mínima variabilidad en cuanto contenido o intención de la que se desarrolla en el atardecer de la festividad de Todos los Santos: "Casi siempre es un mozo el que rompe el hielo del ritual. Y a la voz de '¡amuh a retozall!', las cuadrillas corrían hacia alguna era o prado, comenzando allí un jolgorio desenfundado pero con unas claras connotaciones sexuales. Los zagalones cogen a las mozas y las abrazan; las besan en la cara y las agarran por los pechos. Y ellas, por su parte, devuelven las caricias cogiendo a los mozos por los testículos. Unos u otros, en verdadero amasijo, ruedan por la pradera".

Nada de esto debe sorprendernos si nos percatamos que desde antiguo, como bien proclama Mircea Eliade, en las conmemoraciones de los muertos se imponen los banquetes rituales y las relaciones orgiásticas. El vínculo entre los antepasados, las cosechas, en este caso las de castaña, y la de vida erótica es tan estrecho, que los cultos funerarios, agrarios y genéticos se entremezclan, a veces hasta confundirse totalmente. De este manera al menos se nos antoja en Las Hurdes.



Componentes del grupo "Estampas Hurdanas" celebrando una pantagruélica comida con motivo de la fiesta de "La Carvochá" (Foto: Félix Barroso).



Tras un período de varias décadas en el que la *calbochá* hurdana mostró un cariz claramente mortecino, hoy la costumbre, quizás respondiendo al auge que en los últimos años experimentan en la comarca determinadas tradiciones, la vieja costumbre se mueve en los parámetros de una gran revitalización. Si bien el petitorio de la *chiquitía* continúa siendo práctica habitual entre los vecinos de las alquerías de los cinco ayuntamientos, ahora en las comidas campestres participan pandillas de adultos, hombres y mujeres unidos, ya sean casados o solteros. Hay que anotar, no obstante, que entre estos últimos los *calboches* han pasado a ocupar un segundo plano en las corrobolas, que vienen marcadas por el consumo de carne asada. Sin embargo, este comportamiento parece que de una manera inconsciente ha venido a resucitar los pantagruélicos festines cárnicos enmarcados en el día de Todos los Santos. Dos familias se reunían para matar una cabra machorra o un macho cabrío, repartiendo la canal a partes iguales, que iban a parar a las andorgas de la parentela en la mencionada fecha.

Mas no sólo los estómagos quedaban ahitos por la ingestión cárnica, ya que, por lo que se refiere a Las Hurdes Bajas, las viandas acababan nadando entre el morapio. Los mozos y los casados cumplían con el esperado ritual de ir de bodega en bodega trasegando de la jarra a la boca el vino nuevo, el que aún estaba en la cepa a principios de septiembre. *Encetal la polienda* llaman a Las Hurdes a esta costumbre el día de Todos los Santos de la que también se participa en amplias zonas de Extremadura.

Además de las visitas a los cementerios en el día de Todos los Santos, que a decir verdad en esta comarca no se impuso de forma generalizada hasta hace unas décadas, las prácticas cultuales en relación con los muertos se han venido manifestando de diversas maneras en esta fecha. Los lúgubres tañidos emitidos desde aquellas alquerías en las que se alzan campanarios o espadañas extendían los metálicos ecos hasta los más ocultos rincones de los valles durante la tarde y la noche e invitaban a una oración por los difuntos. Las conversaciones en torno a la lumbre familiar, una vez oscurecido, giraba en torno a los antepasados de la casa y esa noche los moradores "sentían" su presencia.

Y que conste que no hablamos en términos metafóricos. Todavía

recuerdan los hurdanos los tiempos en los que, en la noche de Todos los Santos, se atizaba la hoguera para que permaneciera encendida hasta el amanecer. La intención estaba clara: el que se pudieran calentar las ánimas que acudían a deambular durante algunas horas por su antigua morada. Para satisfacer a estos fantasmagóricos visitantes debían ser preparadas las estancias, aunque evitando los ornatos para que el espíritu no tomara excesiva querencia al hogar y volteando los espejos por la fatalidad que supondría el que el ánima se viera en ellos reflejada.

Las ofrendas a los muertos también tomaban en Las Hurdes una vertiente alimentaria. Junto a las llamas del hogar se dejaba un plato de comida. El fin no era otro que el que las ánimas pudieran saciar su apetito en este acercamiento anual a sus descendientes. Dicen por la zona de Pinofranqueado que el alimento preferido de las ánimas son los *soco-chones*, nombre que en Las Hurdes se le da a las castañas pilongas cocidas y mezcladas con leche. Como es de suponer, los espíritus familiares sólo ingerían el "alma" de este alimento, ya que el mismo seguía mostrando a la mañana la misma apariencia de la noche anterior. Los hurdanos tenían vedado su posterior aprovechamiento so pena de impregnarse de un olor mortecino que los llevara irremediablemente a la tumba, razón por la cual el contenido de los platos acababa consumido entre las cenizas. En contra de la lógica suposición, los *calboches* nunca fueron reservados a los fantasmas familiares. Una conseja hurdana recuerda que los *calboches* constituyen en exclusiva un manjar de vivos y hace dogma de fe de que por cada castaña asada que se coma se libera a un alma de las llamas del Purgatorio. Quizás aquí tengamos el motivo que explique el que aún encontremos ancianos por el valle del río Ladrillar que se refieran al *calboche* con el elocuente nombre de *condenado*.

Importante es constatar que el día de Todos los Santos asistimos en Las Hurdes a una fiesta pirofórica que hunde sus raíces en el mundo celta. De ninguna de las maneras este festival ígneo, al igual que sucediera con los fuegos que este pueblo propiciaba en los primeros de mayo, está en referencia con la posición del sol en el cielo, ni guarda relación con los momentos claves del año solar (equinoccios y solsticios), ni concuerda con las principales etapas del año agrícola, cuales son la siembra y la recolección. Ambas fechas lo que

hacen es afectar directamente al mundo pastoril. Si es por mayo cuando se llevan a los ganados en busca de nuevos pastos, el primero de noviembre marca teóricamente la llegada de los fríos invernales y, con ellos, el regreso de los ganados a sus apriscos. Y si los celtas se dedicaban al pastoreo, otro tanto cabe decirse de la comunidad hurdana hasta hace muy pocos lustros. Hay suficientes datos para afirmar que el primero de noviembre tenía la significación de Año Nuevo para los celtas y es muy probable que, al menos a nivel práctico, lo mismo ocurriera en las pasadas generaciones hurdanas. Este comienzo del año coincidente con la aparición de las primeras heladas propiciaría el que los ateridos espíritus de los antepasados volvieran a sus antiguos hogares para calentarse con el fuego y para confortarse con la comida preparada para ellos. Y es indudablemente cierto que hasta hace muy pocos años en Las Hurdes no se había olvidado el periódico regreso de sus antepasados, lo que se hacía efectivo en la noche de Todos los Santos.

#### BIBLIOGRAFIA

- Barroso Gutiérrez, F.: "Las Hurdes: Tres estampas etnográficas". *Revista de Folklore*, 162 (Valladolid, 1994), pp. 201-206.
- Barroso Gutiérrez, F.: "Apuntes sobre Las Hurdes (Aspectos etnográficos y antropológicos)". *Revista de Folklore*,

- 106 (Valladolid, 1989), pp. 136-142.
- Domínguez Moreno, J. M.: *Cultos a la fertilidad en Extremadura*. Mérida, 1987.
- Frazer, J. G.: *La rama dorada*. México, 1979.
- Fernández de Gatta y Galache, M.: "Vocabulario charruno". *Ociosidades*. Salamanca, 1903.
- Hernández González, G.: "Costrumbres, canciones y modismos de Béjar y su comarca". En J. Muñoz: *Ofrendas a la Virgen del Castañar*, I. Béjar, 1954, pp. 523-533.
- Lamano y Beneite, J.: *El dialecto vulgar salmantino*. Salamanca, 1915.
- López Temez, X.: "El magosto". *Revista de Folklore*, 32 (Valladolid, 1983), pp. 48-50.
- Marcos Arevalo, J.: "Aproximación al calendario festivo extremeño: Materiales para una Guía de Ferias y Fiestas Populares". *Saber Popular*, 1 (Fregenal de la Sierra, 1987), pp. 21-44.
- Marcos Casquero, M. A.: *El habla de Béjar*. Salamanca, 1991.
- Puerto, J. L.: *Ritos Festivos*. Salamanca, 1991.
- Sánchez Sevilla, P.: "El habla de Cespedosa de Tormes". *Revista de Filología Española*, XV (Madrid, 1928), pp. 131-192 y 244-282.
- Sánchez, A.: *Un año de vida serradillana*. Plasencia, 1982 (Reedic.).
- Toboada Chivite, X.: "Ceremoniales Igneos y Folklore del Fuego en Galicia". *Ritos y Creencias Gallegas*. A Coruña, 1982, pp. 239-252.
- Velo Nieto, J. J.: "El habla de Las Hurdes". *Revista de Estudios Extremeños*, XII-2, I-IV (Bajajoz, 1956), pp. 59-207.
- Viudas Camarasa, A.: *Diccionario Extremeño*. Cáceres, 1980.